

LA FÁBRICA

Hiroko Oyamada

Traducción del japonés:
Alejandra Pérez Gallego
Alejandro Sánchez Herrera


QUATERNI

LA FÁBRICA

Cuando abrí la puerta del sótano de aquella fábrica gris, el interior despidió un fuerte olor a pájaros.

—Hola. Vengo por la entrevista de las dos en punto.

Una mujer rechoncha de mediana edad, sentada bajo un cartel en el que se leía «Recepción del Departamento de Imprenta», asintió sin mirarme y levantó el auricular de su teléfono para marcar la extensión correspondiente. Tenía emborronada la pintura de labios.

—Espere, ahora vendrá la persona encargada.

Al poco de decir esto, llegó un hombre trajeado de mediana edad con el rostro cuadrado y rojeces en la piel. Sin duda no andaba lejos.

Me fijé en el sobre que llevaba en la mano con mi solicitud para el trabajo.

—Soy Gotō, gerente del Departamento de Imprenta. Le agradezco que haya venido hasta aquí hoy.

—Me llamo Ushiyama. Gracias a usted por recibirme.

Su cara estaba pálida y tenía la mirada borrosa. El blanco de sus ojos era más bien amarillento, lo que hacía difuso el límite con el iris. ¿Estaría ebrio? Tal vez este fuera el estado

de todos los gerentes de la fábrica: carentes de ambiciones y vitalidad por culpa de un trabajo extenuante. Gotō me llevó hasta la sala de reuniones, que no era más que un apartado de la propia sala de recepción, al lado de la entrada y justo enfrente del mostrador. Me guio hasta un sofá de cuero negro para que tomara asiento, después de lo cual coloqué a mi lado el bolso que llevaba para las entrevistas.

—Me llamo Yoshiko Ushiyama. Le doy las gracias de nuevo por recibirme hoy.

Noté que el sótano era muy ruidoso, debido principalmente al constante zumbido de las máquinas y al sonido de voces y teléfonos.

—Gracias a usted. Por favor, póngase cómoda. Espero que no le importe que mire su solicitud mientras hablamos. —Entonces procedió a leerla—. Vaya, Yoshiko Ushiyama. No es un nombre muy común. Aunque ahora que lo pienso, hace tiempo tuvimos una «Mei Ushiyama» por aquí. ¿La conoce?

—No, lo siento.

Gotō empezó a contar en voz alta.

—Uno, dos... y esta sería la sexta.

Había dimitido de cinco compañías desde que dejara la universidad. Mi currículum estaba a rebosar de formación académica y experiencia laboral, y había adjuntado tres folios en tamaño A4 con mi historial de empleo. Al observar las fechas de inicio y fin, se podía comprobar que no había durado más de un año en ninguna de ellas; aproximadamente de seis a diez meses.

—Disculpe, me gustaría explicarme...

—A veces, las cosas no funcionan. He entrevistado a muchos nuevos empleados y demás, y a veces las cosas no cuajan por mucho empeño que se ponga. Bueno, ¿por qué

no empieza hablándome un poco de usted y de por qué cree que es idónea para este puesto?

—Sí, por supuesto. Estudié literatura en la universidad, y mi área de estudio era la lingüística japonesa. Más concretamente, estoy interesada en cómo se comunican las personas. Mientras investigaba, sentí curiosidad por el uso del lenguaje en la prensa escrita, en especial la efectividad de las expresiones y estructuras de frases concretas. Me gustaría trabajar en un campo que me permitiera hacer uso de esta experiencia, y eso fue lo que me llevó a presentar mi currículum para este puesto. En mi niñez, recuerdo ver los anuncios de los productos que se fabrican aquí en la televisión y en los periódicos. Me atrajo la idea de trabajar en esta conocida compañía por sus altos estándares tanto tecnológicos como éticos. Espero que me considere apropiada para este puesto.

—Ya veo, ya veo.

Esta no era mi primera vez en la fábrica. Ya había venido de excursión cuando estaba en primaria. Una mujer vestida de azafata con un pequeño sombrero nos mostró el museo y nos hizo un recorrido turístico. Me dieron una caja de recuerdo con una foto de la fábrica impresa en la tapa. En su interior había un estuche de tela con un bolígrafo retráctil de dos colores y un juego de portaminas, así como una caja de dulces que tenían forma de diccionarios, coches y polveras. Los otros niños recibieron formas diferentes: casas, torres de acero, dinosaurios y rostros de muchachas. En ese momento, la fábrica me parecía enorme, quizá tan grande como Disneylandia. Los *souvenir* también me resultaban fascinantes. En el camino desde el estacionamiento del autobús hasta la fábrica, vimos a adultos vestidos con todo tipo de atuendos: desde trajes de chaqueta hasta uniformes e

incluso batas de laboratorio. Caminando entre ellos alcancé a ver los edificios de la fábrica, pero no pude vislumbrar más allá.

No importa en qué lugar de la ciudad estés, ya sea la escuela o los grandes almacenes, siempre te rodean las montañas. Pero la fábrica no tiene nada a su alrededor. O más bien, es como si estuviera rodeada por algo más que las montañas. Algo más grande, más lejano. Al volver a la fábrica como una mujer adulta, no me pareció más pequeña. En todo caso, se había hecho aún más grande. La influencia de la fábrica sobre la ciudad es demasiado grande como para ignorarla. Todo el mundo tiene al menos un miembro de la familia trabajando en ella, o ejerciendo como uno de sus socios o subsidiarios. Furgonetas y camiones con sus logotipos circulan por las calles, y muchos padres ambiciosos incitan a sus hijos a labrarse una carrera allí.

Mis padres no eran así, pero cuando mi hermano se graduó en la universidad consiguió un trabajo en una de las sucursales de la fábrica en el corazón de la ciudad, donde trabajaba con ordenadores todo el día. Resulta un tanto extraño que me las arreglara para pasar por cinco empleos diferentes sin haber trabajado nunca para ellos. Quizá pueda parecer que estaba evitando la fábrica, pero en realidad no era así. Es más, desde aquella excursión de la infancia, siempre la había visto con buenos ojos. En todo caso pensaba, tal vez de forma inconsciente, que no merecía trabajar en un lugar tan importante. Sin embargo, aquí estaba por segunda vez en mi vida. Gotō tenía en sus manos la solicitud que yo había enviado por correo sin esperanza alguna de conseguir el puesto.

Mi hermano me había dicho que no tenía que preocuparme por contribuir a los gastos de manutención, pero no

había cejado en el intento de encontrarme un trabajo apropiado. Cuando colocó un anuncio de empleo en mis manos, me animó a presentarme a aquel puesto fijo en la fábrica. Solo pedían un título universitario.

Gotō escuchaba pacientemente mientras le contaba por qué había dejado mis cinco trabajos anteriores. Admití en todos los casos que la culpa también fue mía. Él asintió y murmuró para sí repetidas veces.

En aquel momento entró otra mujer rechoncha, esta vez con el lápiz labial impecable:

—¡Gooooootō! Llamada del ayuntamiento, línea tres.

Por esto mismo pienso que las entrevistas deberían realizarse en privado, para evitar interrupciones innecesarias. Gotō se volvió hacia mí:

—Espere un segundo —me dijo.

A continuación se levantó para atender la llamada. Supongo que no tenía elección; a fin de cuentas, era el ayuntamiento.

—Bueno, Ushiyama... —Gotō retomó el hilo de la conversación tras volver de la llamada—. ¿Qué le parecería entrar como trabajadora con contrato definido? Este no sería un puesto fijo, sino que se trata de un anuncio para otro puesto diferente. Un segundo, se lo imprimiré...

Me quedé sin palabras, y me sentí engañada. Pero entonces empecé a sentir algo más, como una especie de alivio. El puesto fijo era demasiado bueno para ser verdad; un título como el mío no puede conseguirte un trabajo en un lugar como este, y obviamente yo no era el tipo de solicitante que las compañías se desviven por contratar, en especial en esta etapa de mi carrera. Gotō también había sido muy amable conmigo. Todos los manuales de entrevistas que había leído decían que, cuando el entrevistador era demasiado amable,

era una clara señal de que no se está consiguiendo el trabajo, o al menos que las condiciones no serán las mismas que las anunciadas, como por ejemplo la condición de puesto fijo. Y esto es exactamente lo que estaba sucediendo.

—Seguiría trabajando aquí en el Departamento de Imprenta, pero como parte del equipo de soporte al personal. Actualmente están contratando empleados, y con este puesto puede elegir su propio horario. No será un trabajo muy exigente. Si le soy sincero, es una buena opción, teniendo en cuenta su historial de empleo. Si le parece bien, la llevaré allí, al final del pasillo, para presentarle al equipo.

Desde el final del pasillo se escuchaba un sonido ominoso, como si el lugar estuviera reservado para empleados sin futuro. Gotō me entregó una copia impresa con la descripción del nuevo puesto de trabajo. Algunos de los detalles eran exactamente los mismos que los del puesto fijo, pero otros no. Por ejemplo, los empleados permanentes debían tener al menos una licenciatura o un grado, pero para este puesto no había ningún requisito formativo. Un puesto fijo significa un salario mensual determinado, pero en mi contrato el horario varía según las horas trabajadas. Los horarios también eran diferentes: los empleados fijos trabajaban de lunes a viernes, de nueve de la mañana a cinco y media de la tarde (con flexibilidad horaria), pero este trabajo era de tres a siete horas y media diarias (al menos dos días a la semana, también de lunes a viernes), a elegir entre las nueve y las cinco y media. No logré calcular la diferencia entre el salario mensual y las horas acumulables, pero estaba segura de que la segunda opción no sería tan buena.

Una parte de mí se sintió infravalorada, pero debieron de observar algún potencial en mí, pues aun así me estaban ofreciendo un puesto. En cierto modo, esto facilitaba las

cosas. Gotō y yo estábamos, de hecho, mucho más cerca de llegar a un acuerdo. Si me consideraban para el otro puesto, la entrevista terminaría, y me despediría para irme a casa. Gotō revisaría entonces mi solicitud y, unos días después, se pondrían en contacto conmigo en caso de pasar a la siguiente fase. Si decidían seguir adelante, podría haber una segunda entrevista o alguna prueba. Pero con este nuevo trabajo, lo único que tenía que preguntarme era qué me parecían los detalles que Gotō me había propuesto. Realmente no era tan complicado, tan solo tenía que decir si aceptaría o no. Pero ¿podría decirse que eso era aceptar? En estos tiempos, un trabajo es un trabajo, aunque la retribución sea por horas y no fija, aunque sea un trabajo físico. No se trataba de algo malo; al contrario, podía ser lo mejor para mí.

—En concreto, ¿qué tipo de trabajo sería el que llevaría a cabo?

—Soporte al personal de impresión.

Suponía que soporte significaba algo así como desempaquetar paquetes de papel y cargarlos en las impresoras, o sustituir los cartuchos de tóner acabados. No obstante, el trabajo que me asignaron era la destrucción de documentos: trabajaría en una trituradora todo el día, como integrante de lo que llaman el «puesto de triturado». Estaban ubicados al fondo del sótano, en una habitación llena de máquinas hechas para destruir grandes cantidades de papel. Ese iba a ser mi trabajo de hasta siete horas y media diarias.